



El salón del Bey

Se cede ó se resiste. Después se ha acabado de reír: no queda ya más que visitar la parte seria, muy seria, de la exposición de la Regencia.

Ésta ocupa el cuadrilátero de galerías de un palacio sobrio y elegante, construido según los mejores modelos por M. Saladin, joven arquitecto que ha recorrido todo Túnez en comisión arqueológica. Cada fase del palacio reproduce un motivo arquitectónico de excelente estilo y reputación, como por ejemplo de la Medersa Sulimania, fachada copiada en Kairuan.

Por encima del palacio se eleva una cúpula igualmente copiada en Kairuan y un esbelto minarete llamado monumento de Sidi-ben-Arruz, de 36 metros de altura, restituído con el rosa pálido de sus ladrillos y el verde de su linterna en forma de cono.

En las paredes del palacio se encajan unas verandas y miradores con celosías de madera, traídos de viejas casas de Túnez. En el centro del patio, pavimentado de mosaico y de mármol, refresca el ambiente un salto de agua, y al rededor corre la galería baja, sitio encantado: y característico de las viviendas de Oriente, que estriba en esbeltas columnas unidas por una ojiva blanca y negra. La pared está decorada por azulejos representando flores y follaje de color amarillo y azul. Son reproducciones de los revestimientos esmaltados de los muros del Bardo.

La exposición de la Regencia es muy variada: vitrinas de granos se mezclan en ella con medalleros romanos, cuadernos de escuela con moldes de inscripciones latinas. Es un bello contraste del pasado más remoto y del presente más nuevo y diario.

Al dar cien pasos en aquellos pocos metros cuadrados, siente uno nacer una multitud de pensamientos y se conmueve viendo las estadísticas escolares, las gráficas de economía social, las fotografías ó los planos de trabajos públicos, los mapas topográficos, los

Y esta confitería de la vista forma pareja con el puesto del vendedor de aceite de rosa ó de nogado de color de crema, de pastas azucaradas, de café espeso, casi como un jarabe, simbolizando ese afeminado rincón de África, aluvión de todos los Orientes en el arruinado suelo de la feroz Cartago.

Se ha de procurar bien sustraerse á las manos del barbero moro, que corta los cabellos al rape, dejando sólo en la coronilla un mechón, por el cual agarra al creyente el ángel de la muerte para llevarle al Paraíso.

La última invitación viene de parte de un vendedor de fotografías que conoce bien á los europeos, y sin perder tiempo en recomendar imponentes ruinas romanas ó bellos arabescos ó esbeltas columnatas de mezquitas, grita desde lejos exhibiendo el género:

— ¡Mujeres tunecinas! ¡Hermosas tunecinas!

productos agrícolas, tiernos brotes y flores de la civilización de Occidente, el injerto francés y moderno en ese viejo tronco que parecía agotado de savia, después de haber producido alternativamente á Amílcar, Escipión, Aníbal, San Agustín, Tertuliano, los elocuentes Padres de la Iglesia de Africa.

Con el corazón á sus anchas piensa uno: Verdaderamente hay en Túnez otra cosa que la pacotilla reluciente que se derrama bajo los arcos de la calle de Rívoli (á menos que no sean los almacenes de la calle de Rívoli los que la derraman bajo los arcos de los bazares tunecinos). Y Túnez no ha adquirido solamente alumbrado de gas y paseos arenados con bancos pintados de verde; la administración francesa, el protectorado, las misiones le han dado otra cosa mejor... un alma.

Dos hombres han infiltrado con suma paciencia esta alma á la caduca Regencia; los dos la han regenerado por la escuela: M. Cambón, administrador notable, tan tenaz como prudente, y el cardenal Lavignerie, arzobispo de Argel y obispo de Túnez, un verdadero apóstol.

El día siguiente del tratado del Bardo, en que el bey reconocía nuestro protectorado, los católicos sólo tenían algunas capillas esparcidas en aquel antes inseguro territorio. En sesenta días hizo el insigne cardenal edificar una iglesia, y en el espacio de dos años, capillas, hospitales y escuelas surgieron como del seno de la tierra á la voz de ese Pedro el Ermitaño de una cruzada de paz y caridad.

Él ha levantado, en medio del cuartel franco, el colegio de San Carlos, que puede recibir trescientos alumnos, musulmanes, católicos, judíos, griegos, indistintamente. Con éste forma digna pareja el colegio Sadiki, fundado por la solicitud y con los fondos del general Kaireddin, aquel tunecino fanático de civilización, que había de morir muy pronto, después de una desgracia en la Regencia y una fugaz vuelta de favor en Constantinopla.

El colegio Sadiki y el de San Carlos son los dos grandes depósitos de la lengua y del espíritu francés, y todas las razas y religiones que viven en la Regencia van imparcialmente á beber en esta fuente.

Estos dos importantes institutos tienen sus vitrinas en la Exposición tunecina, así como las escuelas laicas y las de los Hermanos de la Doctrina cristiana, las clases de las Damas de Sion y las de la Alianza israelita, donde *francos* é indígenas, sicilianos y malteses se reunen, sin que las nuevas escuelas italianas abiertas con gran ruido por los ita-



El minarete



Pasteleros tunecinos

*liantísimos* y sostenidas por Crispi hayan podido torcer la corriente que va á las escuelas francesas.

Tal es en sus puntos principales el balance moral de Túnez, que puede hacerse en una hora con el simple examen del mapa geográfico que se exhibe entre las cuatro paredes del elegante palacio tunecino.

T. LINDENLAUB.



El pabellón de entrada en el jardín japonés

## LA HORTICULTURA JAPONESA

Un pequeño cuadro de tierra cercado por una verjilla de bambú, en la cuesta del Trocadero, hacia París; tres terrazas sobrepuestas, á las cuales se llega por extrañas gradas, formadas con rodetes de troncos hundidos en el suelo; á la entrada, un kiosco de bambú y esteras, ó mejor dicho, una cabaña, con su gabinete de descanso ó de recreo, adornado de plantas y flores; en el fondo, un largo abrigo, donde se ven escalonadas raras variedades de arbustos decorativos y plantas de follaje; otras graderías que se prolongan paralelamente de terraza en terraza, cargadas de arbustos y de ejemplares de horticultura ornamental en macetas de porcelana de un tono rico y suave á la vista; centenares de plantas pequeñas, criadas en macetas ordinarias, ordenadas en el suelo sin ninguna pretensión y como dispuestas para la venta diaria: he aquí el jardín japonés, una de las partes más visitadas y no la menos curiosa de nuestra grande exposición horticola.

No habiendo viajado allende el mar, me abstendré de toda disertación sobre lo que no he visto. Pero he leído en uno de los libros de M. Aimé Humbert, relativos al Japón, que los naturales del país tienen en alto grado el sentido de la asimilación de los paisajes, lo que viene á decir que entienden el arte de diseñar parques. Bajo este punto de vista, bien merece ser citada una descripción de este autor. Es la pintura de las inmediaciones de una estatua colosal de Buddah, erigida en Kamakura en una especie de jardín sagrado, en el jardín de un templo.

«El camino que allí conduce se aleja de toda habitación y se dirige hacia la montaña: al principio serpentea entre los setos de altos arbustos; luego no se ve nada por delante, más que un sendero recto que sube entre follaje y flores; después hace un rodeo como para ir en busca de un objeto lejano, y de pronto, aparece en el fondo una gigantesca divinidad de bronce, acurrucada, con las manos juntas y la cabeza inclinada, en actitud de éxtasis contemplativa.